

LOS INTELLECTUALES DE IZQUIERDA: UN SENTIMIENTO EN CRISIS

JOSÉ-CARLOS MAINER

Universidad de Zaragoza

jmainer@unizar.es

(Recepción: 15-03-2008; Revisión: 25-04-2008; Aceptación: 03-07-2008; Publicación: 31-10-2008)

1. AQUEL CINE ITALIANO: EL CAFÉ DESPUÉS DE LA SOPA.—2. EL *TEMPO* ESPAÑOL DE 1968 A 1975.—3. LA IMPORTANCIA DE LA CONCIENCIA *SENTIMENTAL*.—4. RECONSTRUYENDO EL CANON.—5. UN ESQUEMA GENERACIONAL DE LA TRANSICIÓN CULTURAL.—6. LOS CAMINOS DE LA IZQUIERDA: DE LOS 60 A LOS 80.—7. TAREAS PARA EL INTELLECTUAL DEL FIN DE SIGLO.—8. BIBLIOGRAFÍA

RESUMEN

Los orígenes del intelectual español de izquierda en el periodo democrático arrancan de las vivencias colectivas del final del franquismo, marcadas por la impotencia y la introspección masoquista que no impidieron una activa revisión de los antecedentes culturales ocultos: su histórica tradición progresista. Al respecto, el trabajo distingue varias actitudes «generacionales», entre las cuales la más significativa es la de los nacidos en el decenio de los cuarenta. Pero tanto ésta como la posterior (la generación de los ochenta) han vivido simultáneamente el desmantelamiento de la noción clásica de intelectual y la emergencia del pensamiento neoconservador en los años noventa.

Palabras clave: España, intelectuales, izquierda política, transición a la democracia.

LEFT-WING INTELLECTUALS: A SENSE OF CRISIS

ABSTRACT

The origins of Spanish left-wing intellectualism in democratic Spain date back to the shared experiences of the last years under Franco's rule. These were marked by

impotence and masochistic introspection that did not prevent an active revision of hidden cultural agendas: their historical tradition as progressive thinkers. This article distinguishes between the attitudes of different «generations» of thinkers. Perhaps the most influential were those born in the forties. Both this generation and that of the eighties have simultaneously lived through the dismantling of the classical concept of an intellectual and the emergence of neoconservative thought in the nineties.

Key words: Spain, intellectuals, the political left wing, transition to democracy.

1. AQUEL CINE ITALIANO: EL CAFÉ DESPUÉS DE LA SOPA

Prima della rivoluzione (1964), la película de Bernardo Bertolucci, tiene uno de esos títulos afortunados y elocuentes que retratan toda una época. Importa poco que hoy parezca un presagio de lo que iba a suceder en 1968 porque, al fin y al cabo, aquello fue un final más que un principio. Y no pasó de ser –y ahora lo sabemos bien– un síndrome de motines de etiología diversa que salpicaron mundos muy distintos: Checoslovaquia, Francia, los Estados Unidos o México. Nuestra película no profetizaba nada porque venía a hablar fundamentalmente de una sensación de desahucio: el de la moral laboriosamente edificada a partir de 1945. Y su mención de la revolución se refería, sin duda, a una vigilia al pie del regreso de otra que se añoraba y que se alejaba demasiado, la de 1917. *Prima della rivoluzione* tampoco tenía ninguna solución que darnos a los jóvenes españoles que la veíamos, con algún corte que otro, en los Cines de Arte y Ensayo de Madrid y Barcelona, prisioneros de aquella sensación que había conocido muy bien Mariano José de Larra después de 1833, la de «tomarnos el café después de la sopa».

En estos pagos, el final de los años sesenta tenía, en efecto, algo de la sala de espera sin ventilar que fue para sus ocupantes la época fernandina y los primeros años de la Regencia en el siglo XIX. También se hablaba mucho entonces de la «evolución» del Régimen, se barajaban opciones sucesorias, se tenía la sensación de que la economía iba por un lado y la pesada burocracia por otro. Moría un orden y otro no acababa de nacer. En un país donde la militancia política clandestina era grave delito, aquella película nos describía el aburguesamiento del Partido Comunista Italiano (lo que se percibía en la imagen de Cesare, típico intelectual «orgánico») y el protagonista, Agostino, experimentaba una profunda repugnancia ante la gente que sólo pensaba en el consumo. Los proletarios italianos querían oír cantar al *rockero* Adriano Celentano y a la bulliciosa Mila, mientras que aquí era difícil pensar que nuestros problemas tuvieran que ver con la idoneidad política del Dúo Dinámico o de Los Cinco Latinos. Pero, en las ciudades universitarias (incluso de provincias), en algún cine-fórum católico-progresista, en la cafetería llena de humo de algún Colegio Mayor, no era tan difícil sentir la nostalgia de lo heroico cuando predominaba la impotencia para vivirlo de otro modo que no fuera por delegación.

Las referencias culturales del descontento eran muy parecidas para todos los europeos nacidos entre 1940 y 1950. En *Prima della rivoluzione*, Fabrizio le recomendaba a Agostino que fuera a ver *Río Rojo*, de Howard Hawks, y el propio comunista Cesare le confesaba que «no se puede vivir sin Hitchcock, ni Rossellini, ni Godard». La *cinefilia* fue un síntoma de la desazón colectiva y, en rigor, el último lugar donde se podía vivir el heroísmo (1). Pero una revisión de nuestra película nos proporciona otros síntomas: la abuela de Agostino lee en un periódico que el general Raoul Salan, el paladín de la «Argelia francesa», se ha entregado a la policía de De Gaulle y piensa que todo se está hundiendo en una Francia deshonrada; unas secuencias después, unas niñas comentan el inesperado suicidio de Marilyn. Y todos sabemos que Europa consumía entonces los últimos restos de su nacionalismo imperial (tan gravemente tocado por las experiencias previas de Dien-Bien-Phu y el Canal de Suez) y que los mitos consolatorios del cine norteamericano eran tan frágiles como nosotros mismos (en 1969, el novelista catalán Terenci Moix acertó de pleno al vincular una novela –basada en su propia biografía de muchacho de clase baja, autodidacta y homosexual– a *El día que va morir Marilyn*; lo ratificó en su dedicatoria a todos los que en esa jornada cumplieron los veinte años). La pelea entre una Historia llena de decepciones y unos pocos mitos que la contrarrestaran estaba perdida de antemano. Antes de la llegada de la Revolución que se espera, Agostino cedía al aburguesamiento colectivo y a la presión de la ciudad de provincias (Parma, en la ficción cinematográfica), y la escena final nos lo presentaba en la ópera vistiendo un impecable *smoking* y acompañado de la novia con la que ha de casarse.

En los años inmediatamente siguientes, Bertolucci se convirtió en un cineasta de culto que nos ofreció un atractivo programa de cómo llegar a las ideas salvadoras a través de una intensa tormenta de esteticismo. En *El conformista*, basada en una ambigua novela de Alberto Moravia que trataba de la percepción burguesa del fascismo, la complacencia en el atrezzo de época o en las escenas eróticas multiplicaban la controlada ambigüedad del origen literario hasta llevarla a la franca equivocidad. Las dos partes de *Novecento* querían ser, sin duda, un himno al componente proletario de la historia italiana contemporánea, pero la lucha estética por la épica de la sencillez no acababa de despejar la malsana fragancia de una burguesía asociada a la pasión erótica y la de un fascismo identificado con una forma de perversión que no deja de rendir su homenaje a la belleza malvada (2).

Yo hubiera preferido hablar del cine de François Truffaut (y de su *alter ego* Antoine Doinel, por consiguiente) que me resulta hoy mucho más cercano, pero el énfasis tiene sus ventajas a la hora de la cita. Y por eso recuerdo también que, a finales del periodo que consideramos, otro cineasta italiano, Luchino Viscon-

(1) DE BAECQUE (1990).

(2) MONTERDE y RIAMBAU (1981); F. HEREDERO (ed.) (2000).

ti, realizó su penúltimo filme, *Gruppo di famiglia in un interno* (*Confidencias*, 1974). Había sido autor previamente de algunas de las películas más significativas, admiradas y quizá sobrevaloradas de los años sesenta: la ruptura de los ligámenes familiares, el sentido trágico de la vida y del amor, la belleza y la fragilidad de la juventud fueron sus temas predilectos. Y ahora abordaba el mundo desde su propia vejez (la película fue dirigida desde una silla de ruedas) a través de la de su personaje y narrador, un profesor de arte cuyo nombre no conocemos, interpretado por Burt Lancaster e inspirado en la figura real de Mario Praz. En los finales de su vida, irrumpe una escandalosa familia de millonarios que ha ocupado una planta de su palacio romano: una aristócrata voluntariosa y vulgar –la condesa Bianca Brumonti–, su hija Lietta, que es caprichosa y sentimental a su manera egoísta; su novio, cínico hijo de industrial, y Conrad, el amante de Bianca, antiguo líder de la revolución universitaria de 1968 y convertido en gigoló y drogadicto. Todos representan una nueva sociedad que rinde culto a la vulgaridad, la irresponsabilidad y el ruido. Y el único espíritu crítico es precisamente Conrad, cuyo suicidio es la respuesta a la inviabilidad de su vida y su reproche a quienes lo han utilizado.

En el penúltimo verano del franquismo, los entusiastas de *Ludwig*, de *El ocaso de los dioses* y de *Muerte en Venecia* –que habíamos sido muchos– vimos con profunda admiración aquella rapsodia de temas viscontinianos, con su amarga lectura de 1968 al fondo. Y sólo después supimos que la versión proyectada entonces en las pantallas españolas había suprimido una parte importante del *quid pro quo* de la trama: el marido de Bianca era un conspirador neofascista que, en uno de aquellos proyectos de golpe de Estado que sacudieron la vida italiana a finales de los sesenta, había sido denunciado por Conrad, espía al servicio de la corrupta policía. Y el pretexto de su ausencia era acudir a ver a unos amigos en París, aunque –como recuerda Bianca– «no había empezado la temporada de caza con los Villaverde». Es inevitable recordar que, por entonces, a Italia le esperaba todavía el turbio periodo político en el que florecieron las *Brigate Rose*, consecuencia de los que habían madrugado demasiado en espera de la revolución pendiente. Y que los españoles –sacudidos también por otras formas de terrorismo– estábamos a punto de ver el último acto del franquismo, parte de él *intramuros* de El Pardo y otra parte protagonizada por el largo y peligroso eclipse de las complicidades criminales, las conspiraciones militares y la terca lealtad de sus favorecidos.

2. EL TEMPO ESPAÑOL DE 1968 A 1975

¿Cómo pensar siquiera en la posibilidad de la revolución, si los presuntos revolucionarios se sabían previamente derrotados y se complacían tanto en su propia impotencia? El recuerdo de 1968 abundó en las novelas españolas de los ochenta y, como si fuera una consigna, se asoció siempre a la salvación por el

erotismo, a la traición involuntaria de los ideales, a la pérdida de la inocencia. Pero las semillas de tanto derrotismo se habían sembrado ya en los lentos y pesados años que transcurrieron *prima della rivoluzione*. El filme *El buen amor* (1963), de Francisco Regueiro, nos presentaba –un año antes de la cinta italiana– a una pareja de estudiantes universitarios, medio novios, que escapan de Madrid a Toledo para pasar un día de libertad. Y resulta inevitable asociar aquel Toledo lúgubre y aburrido, poblado de gentes chismosas o taciturnas, con aquel otro que, en el remoto año de 1902, fuera escenario de las traumáticas experiencias de descubrimiento de la raza que habían vivido el Fernando Ossorio de *Camino de perfección*, la novela de Baroja, y el Antonio Azorín de *La voluntad*, el relato de quien todavía firmaba como J. Martínez Ruiz. Aunque no lo pretendieran, también aquellos muchachos que filmó Regueiro experimentaron el descorazonamiento inherente a un viaje al fondo de la España inmemorial (3).

Pero, por encima de aquel intencionado apunte de costumbres, el filme más expresivo del momento fue *Nueve cartas a Berta*, de Basilio M. Patino, rodada en 1965 y Concha de Plata en San Sebastián en 1966. La ruptura de Lorenzo resumió la experiencia de una generación, cuya adolescencia rodearon la frustración de un padre que ganó la guerra pero que no ha pasado de ser un modesto empleado, el tirón tradicional de una familia cristiana absorbente (madre, abuelos), la espesa continuidad de la clase media conformista encarnada en una novia tan abnegada como dada al reproche, la mezquindad de la ciudad de provincias. En la película hay muy pocas opciones para evadir el chantaje afectivo, y son más abundantes las falsas que las auténticas: entre aquellas están la nueva religiosidad de aspecto moderno que advertimos en la visita al Colegio Mayor de Madrid, o las palabras del profesor exiliado que vuelve para cantar los placeres de la mediocridad. La oportunidad de redención que dio título a la película enlazaba las dos experiencias carismáticas que, en estos años, significaron la posibilidad de superar la parálisis española: asumir la guerra civil desde el punto de vista de los perdedores de 1939 e identificarse con las luces europeas. Y tal cosa es lo que viene a significar la ausente Berta, la hija de un intelectual exiliado, a la que Lorenzo dirige aquellas cartas que, en realidad, dirige a sí mismo (4).

3. LA IMPORTANCIA DE LA CONCIENCIA *SENTIMENTAL*

Pasados los años confusos y largos que precedieron a la muerte del dictador, aquellas vivencias se convirtieron en un fetiche de la memoria, a medias entre el heroísmo y el fracaso, que podía ser invocado como un lugar a salvo de otras

(3) BARBÁCHANO (1989).

(4) MARTÍN PATINO (1968).

frustraciones que iban llegando. Nunca seríamos mejores de lo que habíamos sido, viene a decir el sentimental; en su enrocamiento, hay algo de contumacia y algo de saber perder, porque en el fondo, el sentimentalismo vino a ser un hijo tardío de la *Romantische Ironie*. Y es que el adjetivo *sentimental* fue una palabra que ha podido definir, en sendos momentos de la percepción de la España reciente, dos sensaciones algo diferentes aunque también muy cercanas. En los años ochenta, cuando la Transición empezaba a solidificarse, un grupo poético granadino habló de «la otra sentimentalidad» como el necesario regreso a una práctica literaria realista, que abandonara la oquedad de lo experimental y descendiera al terreno común y cotidiano donde confluyen los sentimientos pretendidamente vulgares. Aquellos *neosentimentales* se remitían a la poética populista de Antonio Machado, sin hacer ascos a la que invocaba un importante sector de la cultura *rock* (5). Pero quizá también recordaban que, quince años antes, Manuel Vázquez Montalbán, un español nacido en 1939, usó el mismo referente en sus dos primeros abordajes literarios de la realidad española de 1970, ya bien perceptible el deterioro del régimen: lo hizo en un libro de poemas, *Una educación sentimental*, y en un reportaje, la *Crónica sentimental de España*, que le dio popularidad y le abrió las puertas de *Triunfo*.

Los versos se escribieron en la cárcel de Lérida y aparecieron en la benemérita colección El Bardo, de José Batlló, en 1967; el segundo trabajo tuvo su lugar en aquella revista de José Ángel Ezcurra donde compartió planas con los análisis internacionales de Eduardo Haro Tecglen, las reflexiones postconciliares de Enrique Miret Magdalena, los temas económicos del equipo que firmaba como Arturo López Muñoz y el humor celtibérico de Luis Carandell (6). Lo *sentimental* definía muy bien la táctica que correspondía a quien hacía profesión de *subnormalidad*, otra palabra clave de Vázquez Montalbán: puesto que los españoles estábamos por debajo del nivel de lo que era *normal* en Europa y el mundo (aunque algo de todo se nos alcanzara), nuestro único lenguaje posible debería ser el que diera cuenta de esa carencia. El primer manifiesto *subnormal* se publicó en 1970 en los días confusos de un país que mostraba los primeros síntomas del consumismo, ruidos de rivalidades a muerte entre los sectores más significados del Régimen y la evidencia de que la comunicación pública iba a ser algo muy importante en el azaroso porvenir. Un Vázquez compungidamente trascendental empezaba por consignar que, tras la muerte de Dios anunciada por Nietzsche, había sobrevenido la del Hombre. El modelo humano renacentista había muerto en la guerra de los Treinta Años, el dinámico Robinson Crusoe –paradigma de la burguesía conquistadora– lo había hecho en los puertos de China al defender el comercio de opio, el creador vanguardista había sucumbido en las dos guerras mundiales y el héroe comunista había caído entre bastidores del XX Congreso del PCUS, tras la muerte de Stalin. Pero en realidad,

(5) RODRÍGUEZ (1999).

(6) ALTED y AUBERT (1995); PLATA (1999); VAN NOORTWIJK (2004).

apostillaba Vázquez Montalbán, quienes siempre habían muerto, sin tanta alharaca, habían sido los vietnamitas, los biafreños, los campesinos de Extremadura. Testigo de todos los sacrificios, el *subnormal* no aceptaba la resignación, pero también le constaba la imposibilidad de cambiar nada (7).

Sólo podía contarlo. Por eso, su lenguaje mezclaba un respetable nivel de pericia técnica (visible en el uso de los *argots* de moda, en la buena información periodística, en la huella del pensamiento estructuralista y del materialismo histórico) con un cierto tono populista que se plasmaba en un primer plano de figuras y emociones reales. Corrían los tiempos de la sensibilidad *camp* y de lo *pop*. Susan Sontag había descrito lo primero como una forma irónica y afectuosa de revivir un pasado que estaba demasiado cerca como para ser prestigioso y demasiado cómplice como para ser despreciado; el arte *pop* había asumido la representación realista e hiperrealista de los iconos colectivos (las piscinas domésticas, las latas de sopa de tomate, las figuras míticas del cinema) como si fueran, en rigor, anuncios de sí mismos. Y esa insistencia fetichizadora era lo que, en el fondo, desplegaba secretamente la posibilidad de su visión crítica (8). En virtud de ese masoquismo lúcido, Vázquez Montalbán había hallado su propio bote de sopa de tomate Campbell al dedicar *Una educación sentimental* a los reyes de la copla española –Quintero, León y Quiroga– pero también a Paul Anka, Françoise Hardy, y también a Vicente Aleixandre, Ausias March, Gabriel Ferrater, Rubén Darío, Jaime Gil de Biedma, Gustavo Adolfo Bécquer, T. S. Eliot, Glenn Miller, Luis Cernuda, Truman Capote, Domenico Modugno, Federico García Lorca, José Agustín Goytisolo, Bertolt Brecht, Lionel Trilling, Antonio Machín, Jorge Guillén, Joan Vinyoli, Francisco de Quevedo, Leo Ferré, Karl Marx, Adan Smith, Miguel Hernández y Publio Ovidio (y además, al Dúo Dinámico, a Borges y a Birkoff and McLane, matemáticos).

Los años siguientes perseveraron en la misma estética que usaba la aparente aceptación de la alienación como forma de resistencia. Alberto Corazón y Pedro Sempere manufacturaron en un atractivo (y olvidado) libro-imagen, *La década prodigiosa. 60s-70s*, que –visto ahora– resulta una confirmación de las profecías de Marshall MacLuhan sobre la decadencia de la «galaxia Gutenberg» (la letra impresa) y el comienzo de una cultura de iconos, donde «el Medio es el Mensaje». Pero también resulta un álbum de vivencias entre 1963 y 1973, los años de la hoguera *pop* que alimentaría después las perdurables brasas del desencanto, y que, a su vez, llegarían hasta la ribera misma de los ochenta. La datación del periodo es muy clara: «Entre la cabeza reventada de John F. Kennedy y el casco numantino de Allende hay diez años prodigiosos. Una década en la que todo estaba a punto de estallar por exceso de vitalidad. La producción de acontecimientos desbordó su capacidad de asimilación. La aceleración del cambio hizo que la velocidad social dejara atrás el tiempo históri-

(7) VÁZQUEZ MONTALBÁN (1995); TYRAS (1999).

(8) SONTAG (1967), MADOFF (1997); FRANCIS (2002).

co» (9). Pero esas jactanciosas frases iniciales y el recuento que sigue respiran todavía demasiado optimismo: hoy sabemos que fueron verduras de las eras las estéticas *beat* e *hippy*, la revolución sexual, la búsqueda de la inocencia y de la fuga (que plasmó muy bien el efímero episodio del *striking*: la provocación del desnudo mezclado a la velocidad de la carrera).

Si leemos paralelamente la minuciosa *Cronique des années soixante*, publicada a fines de los ochenta por el historiador Michel Winock en las páginas de *Le Monde*, la impresión ha de ser, por fuerza, otra. Para el ensayista, la rebeldía sesentayochista se había gestado en los finales de los años cincuenta, cuando se produjo en toda Europa el alta como ciudadanos de pleno derecho de la primera generación de postguerra, que además se instalaba como beneficiaria del milagro económico y como testigo de las abdicaciones e hipocresías que lo habían sustentado. Sus grandes experiencias históricas fueron, en realidad, los desgarrones de la ficticia unidad nacional y los descubrimientos del horror o de la insolvencia que se habían escondido piadosamente bajo la alfombra, entre los que contaban mucho las luchas de emancipación colonial. Por eso, el entusiasmo por el castrismo, la convicción acerca del final de la familia tradicional, la negación de los valores educativos de siempre y la denuncia del modelo imperial americano respondieron al mismo esquema de ruptura moral con la autoridad cercana, fuera ésta doméstica, escolar, nacional, militar, etc. (10).

4. RECONSTRUYENDO EL CANON

No me parece que esa explicación, algo paternalista, de la subversión juvenil europea se pueda aplicar sin más ni más al caso español. Recordemos, de entrada, que en nuestro país –sin graves descréditos coloniales y sin instituciones democráticas corroídas por el uso– debemos reconocer, al lado de ese programa de tierra quemada, la singular importancia de la paulatina reconstrucción de una cultura crítica española. Posiblemente, la inspiraba un deseo colectivo de destituir a unos padres *reales* incapaces y la evidente añoranza de otros padres *culturales*, lo que significaba recomponer la historia de la intelectualidad española rellenando sus huecos y evidenciando las filiaciones ocultas. Lo cual, en los años de la Transición, recibió nombre de una leída novela de Juan Goytisolo: recuperar las *señas de identidad*. Pero habría que estudiar el inicio del proceso a finales de los cincuenta, cuando se constituyó una *cultura de postguerra*, consciente de su necesidad de memoria, penitencia y convalecencia, a la vez que se consolidaba una infraestructura cultural autónoma que estaba en plena actividad en el comienzo de los setenta. A esa luz hemos de ver la renovación del mundo editorial –con la aparición de Gredos, Guadarrama, Taurus o

(9) SEMPERE y CORAZÓN (1976).

(10) GERVERAU y MELLOR (1986); WINOCK (1987).

Seix-Barral–, la creación de una red de revistas culturales, que nos ofrecía la madurez de *Ínsula*, la creación de *Papeles de Son Armadans*, los malabarismos de *Índice* y la franca «contestación» (emboscada en la «especialización») de *Primer Acto* y *Nuestro Cine*. En las inmediateces de las nuevas reglas del juego dictadas por el ministerio Fraga, nuevas empresas ampliaron los territorios recién conquistados. En el mundo de las revistas, llegaron un rescate significativo del pasado (*Revista de Occidente*), un notable globo-sonda político (*Cuadernos para el Diálogo*), abierto a la democracia cristiana y a la socialdemocracia, y la lenta plasmación de una respuesta unitaria de izquierda (la ya citada configuración de *Triunfo* como referente y como complicidad). El ámbito editorial presenció, por su lado, el revelador apogeo del ensayo crítico en las series de Editorial Ariel y Edicusa (vinculada a *Cuadernos para el Diálogo*), tanto como en la vigorosa irrupción del pensamiento marxista en los títulos de Ciencia Nueva, de Jesús Munárriz, o el modelo «colectivo» impuesto por Comunicación.

Todo esto significó un minucioso *rifaciamiento* del canon de la modernidad española que empezó muy conscientemente a finales de los sesenta cuando la joven investigación universitaria puso en circulación sus referentes culturales alternativos: la Institución Libre de Enseñanza, los orígenes del socialismo, la lectura crítica del legado de 1898, la vida cultural de la República, y la existencia de unas letras del exilio. En este clima, los centenarios de los escritores de la generación del 98 –celebrados entre 1964, el de Unamuno, y 1975, el de Antonio Machado– pusieron sobre la mesa que la admiración literaria era compatible con la crítica de las insuficiencias políticas. De don Miguel se rescató la evidencia de un pasado juvenil socialista –que algún reaccionario, como Gonzalo Fernández de la Mora, negó contra toda evidencia– pero también se puso de relieve su abandono de las posiciones progresistas, su refugio en la lucha por la fe, la esterilidad de sus paradojas políticas y, al cabo, la confusión de los últimos momentos de su vida. Lo que en él revestía tintes de dramatismo (quizá algo histriónico, se subrayaba), en Azorín, sin embargo, no parecía mostrar otra cosa que los signos de la abdicación y del sometimiento; aquel paisajismo admirable, sus evocaciones literarias y su prosa menuda y diáfana eran vías de escape de una realidad que quiso ignorar u ocultar. Tampoco Pío Baroja parecía haber estado a la altura de las circunstancias, ni siquiera a la de su temprana lucidez a propósito de la miseria de la vida española; únicamente en la ensoñación de senectud –como quiso demostrar un libro de Juan Pedro Quiñonero– había recuperado algo de su virtualidad subversiva, en obstinada pugna con su conservadurismo. Sólo Valle-Inclán y Antonio Machado se salvaron de la quema general y se encumbraron, por espacio de algunos años, en la cúspide generacional. El primero convertido, con notable exageración, en una suerte de Bertolt Brecht hispánico que había transfigurado en *esperpento* un diagnóstico certero que, en su primera época, se había disfrazado de aristocraticismo y decadentismo; en el segundo, se impuso la impecable ejecutoria de su biografía y,

tanto como la melancolía de sus versos, la filosofía entre nihilista, zumbona y progresista de Juan de Mairena.

Sin embargo, las conmemoraciones de los escritores nacidos en los años ochenta del siglo XIX coincidieron con la consolidación de la Transición y la democracia en el inicio de los ochenta. El mundo intelectual de autores como Ramón Pérez de Ayala, Manuel Azaña, Juan Ramón u Ortega y Gasset (y ya al final de la lista, Ramón Gómez de la Serna), cuyos centenarios se celebraron entre 1980 y 1988, casaba mejor con tiempos de expectativas políticas más favorables y discusión abierta. Azaña –de quien se empezó a hablar en los setenta, a raíz de la reciente publicación mexicana de sus obras– se presentó como una lección de patriotismo cultivado y honestidad intelectual, lo que contaría con oficiantes muy diversos; los conservadores subrayaron más lo primero y otros, sin desdeñarlo, prefirieron destacar el lado jacobino de su pensamiento. En los inicios del periodo de gobierno socialista, la celebración orteguiana confirmó la disposición de los nuevos ocupantes del poder político para ser los herederos de la tradición liberal y reformista que Ortega encarnaba. Y en esa misma línea, cuando se perfilaba la recomposición de un nuevo reformismo, ya en los comienzos del siglo XXI, la octava de aquella conmemoración de 1883 –el cincuentenario de la muerte del filósofo en 2005– ha traído una nueva edición de su obra completa, que (la casualidad es llamativa) ha coincidido con la más reciente reedición ampliada de las obras de Manuel Azaña, abordada por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Los años ochenta permitieron completar la relectura del pasado, cada vez más cercano. Tocó ahora el turno a la llamada «generación del 27», que nunca había estado muy ausente como el recuerdo de una creatividad juvenil inmarcesible. Pero las nuevas y más completas lecturas modificaron el canon hacia una mayor complejidad moral, que incluía la disidencia y la dificultad de vital de un Luis Cernuda, por ejemplo, o la revisión del drama personal de García Lorca, con el conocimiento capital de las circunstancias de su muerte y del papel de la homosexualidad en la plasmación de su obra más personal. Se edifican, en suma, desde dentro y desde fuera, en el tiempo en que surgen y la memoria de la época posterior (11).

Conviene recordar que la personalidad de las «generaciones» es siempre una experiencia cultural que se construye a partir de la necesidad de autorreconocimiento de sus propios miembros, pero también al hilo de los intereses de quienes se sienten sus herederos. Por un lado, vamos sabiendo lo que el 27 tuvo de afortunada autoinvención en dos momentos diferentes: en los instantes iniciales, cuando delimitaron su personalidad colectiva, y en los años difíciles del exilio o la dispersión, cuando la nostalgia del pasado contribuyó a repristinar la imagen en el recuerdo. Pero, a la vez, cuando alboreaba una nueva promoción literaria en los años ochenta, la favorable revisión de la mitología del 27 vino a

(11) JULIÁ y MAINER (2000): 147-186; COLMEIRO (2005).

ratificar la necesidad de mantener un espacio literario de creación y de libertad, donde fuera posible vivir las propias disidencias, afirmar el valor de la literatura y elaborar una coherente imagen de grupo (algo que fue muy visible, por ejemplo, en la serie de crónicas *Inventario de otoño*, publicada por Manuel Vicent en los primeros años de *El País* y pronto recogida en libro).

Algo muy similar sucedió con la «generación del medio siglo» o de los años cincuenta que, también a comienzos de los ochenta, entraba en la madurez de su reconocimiento y sufría las primeras bajas. Una escritora del grupo, Carmen Martín Gaité, dio el primer aviso de la necesidad vital de reconstruirse como conjunto generacional, cuando le sorprendió la muerte de su amigo Ignacio Aldecoa (12). Lo que después vino fue el doble proceso que ya se ha señalado para el caso del veintisiete. Por un lado, los miembros de la sedicente generación retocan y sitúan su propia configuración en la historia: los más activos al respecto fueron, sin duda, los del grupo barcelonés cuya visibilidad se hizo mayor en la escenografía propicia de lo que se había llamado *gauche divine* (13). Pero simultáneamente, los impulsores del reconocimiento extrageneracional fueron los escritores más jóvenes que erigieron a sus colegas de los cincuenta en modelos vitales; casi todos, en efecto, parecían auspiciar algún elemento representativo de la nueva literatura: Jaime Gil de Biedma y Ángel González representaron la brillantez desenfadada y el nihilismo sarcástico; Juan Benet, la preocupación técnica por el estilo y la internacionalización de las referencias intelectuales; en las novelas de Juan Marsé y en las memorias de Carlos Barral se aprendió el uso de la memoria que combinaba la piedad y el sarcasmo. Y si en Francisco Brines se ha admirado la concisión con que expresa una conmoción emocional, en Rafael Sánchez Ferlosio lo fueron las virtudes de la divagación racionalista y en José Ángel Valente, la fulgurante concisión de la exigencia. Todos aunaban cierto nivel de disipación vitalista y la lucidez de la derrota, viáticos muy recomendables para quienes se encaminaban del desencanto de los *setenta* al optimismo improvisado y algo frívolo de una parte de la izquierda gobernante de los ochenta.

5. UN ESQUEMA GENERACIONAL DE LA TRANSICIÓN CULTURAL

Supongo que no es casual que la teoría generacional haya estado tan presente en la reconstrucción del pasado, porque también ha estado implicada en los balances del presente. De forma natural, la estrategia de periodización generacional tiende a privilegiar a los jóvenes como protagonistas de las mutaciones históricas y la confrontación de ideas nuevas y viejas como escenario explicativo fundamental, todo lo cual se adecua particularmente a una sociedad en cambio. Lo que la teoría explica peor es cómo los acontecimientos o las fases

(12) MARTIN GAITE (1995).

(13) RIAMBAU y CASIMIRO (1999).

que se advierten como mojones de referencia conciernen, en diferentes maneras, a la entera pirámide de población activa. Y, a menudo, la insistencia en acotar una generación se trueca en una versión idealizante y simplificadora de un proceso más complejo.

A la fecha de 1975, España tenía en la cúspide, como *generación césarea* (en la terminología de Julián Marías), a la llamada «generación del 36», una denominación que hizo fortuna desde mediados de los cincuenta (sobrevivían, claro, algunos integrantes de la generación del 27 pero en el final de su carrera, beneficiarios de su consagración o de su disidencia, como le pasó al errático José Bergamín). Y a su zaga, se advertía la presencia de dos grupos de *juventudes aplazadas*, que básicamente se habían socializado en el ambiente enrarecido de un régimen nada propicio a los juvenilismos (que ni siquiera tuvieron mucha importancia como concesión propagandística o demagógica). Aquellos del 36, que habían combatido muy tempranamente en la guerra civil, estaban al final de su trayectoria cívica, aunque fueron importantísimos referentes de toda la Transición. De ese modo, el crédito minoritario, pero muy significativo, de Enrique Tierno Galván se trocó en una inesperada popularidad como alcalde madrileño de la *movida* y su vida concluyó en un entierro que marcó época. José Luis L. Aranguren, regresado de Estados Unidos, evolucionó del cristianismo liberal a un izquierdismo político que integraba elementos del nuevo radicalismo moral de los sesenta. La retraída postura de Julio Caro Baroja no había variado nunca pero, desde la publicación de sus memorias, *Los Baroja*, asumió la función de custodio y representante de la ejecutoria de cultura progresista y de liberalismo político que habían encarnado sus maestros y su propia familia. Ya establecido en España, Manuel Tuñón de Lara vino a significar, a su vez, uno de los más eficaces rescates del exilio, un símbolo de la reconciliación académica y una visión crítica de la historia contemporánea de España, siempre en términos de abolengo marxista, que acertó a convertir en una interpretación que adoptaron como propia muchos lectores de sus libros de divulgación.

Son solamente unos ejemplos de algo –el ascendente moral ratificado por la edad– que también llegó de muchos intelectuales de la llamada «generación del 50», además de los escritores que se han citado algo más arriba. Es patente, que lo que allí se ha dicho puede aplicarse también a Carlos Castilla del Pino, que convirtió en oportunas lecciones político-psiquiátricas temas tan candentes como la configuración de la culpabilidad o la etiología de la depresión. Y no fue el único maestro universitario de relieve al que las circunstancias habían mantenido lejos de las aulas: el lingüista y latinista Agustín García Calvo como el filósofo y ensayista José María Valverde ejemplificaron, a la hora de sus regresos, una radicalización –hacia el anarquismo o hacia el compromiso con la revolución latinoamericana, respectivamente– y una combatividad que, de otros modos, también apareció en alguien que siempre había estado aquí, el economista José Luis Sampedro, y que ya venía de atrás en la figura de Manuel Sacristán, referente de un marxismo que se acercó a la protesta contra el desorden

ecológico, las pautas del crecimiento económico, el desarme del sindicalismo de clase y la burocratización universitaria. En el campo de la crítica cultural y política, la figura del periodista Eduardo Haro Tecglen no fue menos significativa al respecto. En los años setenta, encarnó la crítica radical de izquierda, muy escaldada del comunismo tradicional, y con guiños morales a la acribia y al concepto de *revolución permanente*; en los años noventa, prevaleció en su obra una visión distante de los *avances* de la democracia y un balance personal del pasado –hecho con humor, alguna coquetería autocompasiva y un radicalismo que huía de lo doctrinario–, lo que le hizo destacado apóstol de las nuevas formas del pesimismo.

En sentido muy lato, puede considerarse que estos y aquellos rebrotes radicales fueron los frutos tardíos de la primera de las *juventudes aplazadas* por el franquismo a las que me he referido párrafos atrás. El caso más llamativo, sin embargo, fue el de los que iniciaron la treintena de su edad en los alrededores de 1975 y hasta entonces, se habían hecho notar en la rebeldía estudiantil, las luchas de los «profesores no numerarios» por la estabilidad académica y la participación en revistas y editoriales de signo progresista. Hablamos de otra *juventud aplazada*, aunque bastante menos, y conviene establecer al respecto algún distingo. Desde que se afianzó la línea *tecnocrática* en algunas parcelas del poder político franquista, había lugar en el Régimen para el encasillamiento de valores juveniles emergentes. En su libro *Sociología del franquismo*, publicado el último año de vida del dictador, el sociólogo Amando de Miguel consignó con mucha sagacidad que la recluta de números uno de promociones y oposiciones universitarias fue muy activa a partir de aquellas fechas, e incluso antes. De ese modo, se había consolidado en el seno del Régimen una clase media profesional moderna, socializada en buena medida por grupos católicos muy fieles a la jerarquía, entre los que adquirió relevancia notable, por su disciplina interna, el que tenían como referente al Opus Dei. Una parte significativa de todo este espectro –que, a la fecha, políticamente iba desde un franquismo tibio a la oposición cauta y *tacitista*– desembarcó en las filas de Unión de Centro Democrático, tras haberse movido en los tanteos a favor de las «asociaciones políticas». Sin embargo, otra parte había optado por seguir a la intemperie.

6. LOS CAMINOS DE LA IZQUIERDA: DE LOS 60 A LOS 80

Recordemos otra vez que aquí hablamos de la izquierda, o quizá mejor, de quienes fraguaron su visión de las cosas en contacto con las manifiestas inviabilidades del franquismo final: la percepción de la censura cultural como algo intolerable, la beligerancia concedida a los grupos ultra, la pervivencia retórica del fundamentalismo inicial, la esperpéntica cabalgata de decadencia física y de rebatiñas por el poder que ofrecía el mundo de El Pardo. Aquellos jóvenes en la treintena de su edad habían sido las víctimas de un sistema educativo arcaizan-

te y autoritario y, sin embargo, tenían como principal activo su *currículum* académico: habían sabido aprovechar a los contados buenos maestros y también el nuevo espíritu que introdujo, seguramente a su pesar, la reforma educativa de 1970, que muchos izquierdistas vieron como la irrupción de las estrategias del *neocapitalismo* en la esfera de la pedagogía pero que, de hecho, fue una modernización que introdujo contradicciones insalvables en el franquismo que la auspició (14). Aquella *juventud aplazada*, nacida entre 1936 y 1950, constituyó la primera promoción de intelectuales *especialistas* que, en bastantes campos, renovó sustancialmente las disciplinas a las que se dedicaban en las Facultades universitarias de humanidades, ciencias puras, tecnología, economía, ciencia política y periodismo. Muchos de ellos optaron por la vía del funcionario, tradicional en la clase media a la que pertenecían, porque muy pronto la utopía de una universidad basada en la contratación de profesores y una autogestión paritaria naufragó (aquella fue una batalla significativa porque la desmovilización del *proletariado* académico de los Profesores No Numerarios fue una de las primeras y significativas derrotas del maximalismo doctrinario frente al interés inmediato y la fuerza de las cosas; y seguirían otras).

Pero otros, decepcionados tempranamente por las limitaciones de aquellas perspectivas, buscaron su acomodo en universidades extranjeras o en la empresa privada. Y un significativo grupo de disidentes ni siquiera quiso culminar sus estudios académicos. En tal sentido, de aquellas filas surgió una importante promoción de ejecutivos y banqueros, muy distintos de sus predecesores, y otra importante promoción de gestores culturales y de comunicación: al frente de editoriales que se renovaban y de otras que irían apareciendo, o a los mandos de empresas de comunicación que cambiaron el panorama de la sociedad española (el caso paradigmático fue el del Grupo 16, con la revista *Cambio 16* y el *Diario 16*; pero esa huella generacional es también muy acusada la trascendental trayectoria iniciada por *El País*, e incluso en la constitución del Grupo Z). Muy pronto se vio que las contradicciones entre una formación sentimental de izquierda y la gestión empresarial no eran insuperables y se produjeron, de modo natural, las adaptaciones necesarias y hasta las sinergias correspondientes. La nueva *cultura empresarial* española (si ese emparejamiento no rechina demasiado) vino, en muchos casos, de la suma de una sólida preparación académica y de la superación de una temprana vivencia política en la izquierda radical, en los bordes o extramuros del Partido Comunista. Parece evidente que en algún lugar del espíritu de bastante ejecutivos de campanillas se produjo la transmutación de convicciones como la disciplina de Partido, la superación de las contradicciones y la exaltación de las finalidades sobre los medios –aplicadas todas a la dinámica de la revolución– en las virtudes necesarias para competir en un mundo de los negocios. Y añadamos, por último, que estos mismos grupos –los que perseveraron en la vida intelectual y los que abordaron el salto a la admi-

(14) Reflexiones (1968); España ¿una sociedad de consumo? (1969); La enseñanza (1975).

nistración y las finanzas— protagonizaron también la superación de la contradicción que se establecía entre las pautas de la vida burguesa y su concepción de las cosas: lo que determinó cambios en las relaciones tanto amistosas como eróticas.

Es obvio que, a título colectivo, tales adaptaciones se pagaron en forma de una estela de *malditos* que quedaron por el camino y cuyo culto reciente, ya en los comienzos del nuevo siglo, revela cierta mala conciencia colectiva y algo de distancia autocrítica: en los últimos años han surgido minuciosas biografías o revisiones de Leopoldo María Panero, de Aníbal Núñez, de José Antonio Maenza o de Eduardo Haro Ibars, entre otros, alguno de los cuales fueron retoños de figuras de notable peso y todos inmolados en el ara esplendorosa de lo que parecieron liberaciones decisivas (15). Las imaginaciones psicodélicas, la libertad de elección sexual, la cultura alternativa, el reemplazo de la familia por la promiscuidad de la comuna, el uso de la droga como estimulador de la percepción, se cobraron sus víctimas. Y aquellas víctimas vuelven a ser los héroes, como ellos mismos se creyeron, cuando parece remitir la fuerza de aquel batacazo colectivo, de aquella contricción general, que fue el descubrimiento y la expansión del SIDA en el final de los años ochenta y primeros noventa.

De un modo u otro, la experiencia del éxito o la del fracaso, la fidelidad a las ideas o la versatilidad de las mismas, formaron parte de esta generación para la que el rótulo de *novísimos* viene demasiado corto (y datado) mientras que el de «generación de 1968» no acaba de ser tomado en serio. A ellos se refiere buena parte de las evocaciones que han comenzado este artículo, pero también son protagonistas de una realidad sociológica evidente y quizá anómala: ésta es la generación intelectual que estuvo presente, aunque no de modo dominante, en la etapa política de UCD y que fue nuclear, sin embargo, en la larga etapa dominada por el PSOE, pero que, a la fecha, ocupa todavía las más elevadas responsabilidades en la política y en la cultura. En cierto modo, ha sido una *juventud aplazada* que se ha cobrado con creces aquel aplazamiento histórico. Y puede que en el futuro ese síndrome de *juventud aplazada* corresponda más a las promociones que han seguido detrás y que, en buena medida, han estado muy condicionadas por la fuerte y dilatada presencia de esa generación que hoy frisa en la sesentena.

De todas ellas, la que empieza de delimitarse más claramente es la que ya alguna vez ha sido acotada como «generación de los ochenta». Sólo su parte más juvenil —los nacidos algo después de 1960— fue beneficiaria de la acogedora experiencia pedagógica de la Educación General Básica, pero todos experimentaron de un modo u otro el declive del lúgubre autoritarismo escolar, conocieron manuales de enseñanza más llamativos y abiertos, experiencias docentes más imaginativas y un mundo de referencias extraescolares —televisión, conciertos musicales, excursiones, prácticas deportivas, salidas en grupo— más

(15) PÉREZ y HERNÁNDEZ (1997); BENITO FERNÁNDEZ (1999).

gratificantes. En su experiencia política la clandestinidad no fue ya un componente decisivo, salvo en quienes pasaron su noviciado en grupúsculos que no excluían –o practicaban– la acción terrorista. Pero ya no vivieron la entrega a un Partido como modo de vida y como referencia de su proyecto personal. Tampoco conocieron la herencia de la universidad franquista porque llegaron a una institución convulsa pero en la que se habían operado dos transformaciones de peso: la primera había sido la derrota de la organización política estudiantil controlada por el régimen, el SEU; la segunda había sido el acceso a la docencia del profesorado joven, posibilitado por la reforma de 1970.

Presenciaron después la ya aludida batalla perdida por los Profesores No Numerarios y, en su momento, accedieron con toda normalidad y sin sombra de mala conciencia a sus responsabilidades académicas, cuando las tuvieron. En general, su acceso a la vida cultural fue más fácil porque, en los años setenta, la palabra *cultura* fue un talismán y porque entonces se constituyó, incipiente pero sólido, el mercado cultural que hoy conocemos y en el que intervinieron con absoluta naturalidad. Puede que resulte revelador que, en literatura, la promoción anterior contribuyó a la reforma de la novela, género caviloso y complejo, donde se elabora una imagen crítica –y también confusa– de mundos que emergen y mundos que se eclipsan. En los últimos decenios del siglo XX este trabajo de hablar de la realidad fue, más que a menudo, hablar de uno mismo y de su experiencia del mundo y la novela se aproximó a lo que el crítico y narrador Serge Dubrovski ha llamado *autoficción*. Los más jóvenes han vivido como algo más natural esas transferencias y quizá por eso, desde un primer momento, parecieron tener su campo preferente en la poesía, modalidad más abierta a la intuición, a la fundación de una moral privada, al repaso de la experiencia personal (16).

7. TAREAS PARA EL INTELLECTUAL DEL FIN DE SIGLO

Pero seguramente estas generalizaciones no son tan fácilmente demostrables en el breve espacio que aquí puedo concederles. Y, en todo caso, conviene tener presente que hablamos de los perfiles de la actuación intelectual y de su relación con la izquierda política en unas fechas en las que se estaba produciendo un cambio general en la figura misma del intelectual. Siempre ha sido más claro el campo social donde se ejercitan los poderes del intelectual que su procedencia profesional. Pero hoy en día, la acelerada funcionarización de muchas profesiones liberales, como la vinculación de los artistas a unas y otras instancias de un poder (político o económico) que les garantiza el bienestar, han enredado mucho la cuestión de la *independencia* o mejor aún, la *autonomía* del intelectual. Por otro lado, su papel social compite con otros poderes especializados en la comunicación de valores y criterios: con el periodista de firma y con

(16) GRACIA (2002).

el analista sociológico, económico y político, entre otros. Y es que, en tal sentido, la *opinión* se confunde estrechamente con la *información*, cada vez más especializada, reiterativa y precisa. La tarea clásica del intelectual fue en otro tiempo la de conferir sentido a un hecho histórico llamativo, movilizándolo en torno a la sociedad por medio de una persuasión fundamentalmente escrita (el manifiesto, el artículo, la campaña); hoy el hecho de actualidad despliega por sí mismo ese sentido potencial, al ser objeto de una comunicación constante y ruidosa que dosifican los gabinetes de expertos.

También la vieja pregunta sobre la equivalencia de la izquierda y el intelectual tiene mucho menos sentido, cuando la opinión política de los ciudadanos en cualquier punto del espectro ideológico se alimenta de las mismas imágenes comunes aunque susciten diferentes comentarios. Los datos son inequívocos. El hundimiento de los Partidos Comunistas occidentales, a finales de los ochenta, desmanteló lo que quedaba de un lenguaje y una vida moral que buscaban una lectura coherente de la realidad, donde todo se articulara. Las luchas parciales dejaron de integrarse como partes de una guerra única, para ser vividas como pugnas en cierto modo independientes y autosuficientes: la ecología, el feminismo, la solidaridad con el Tercer Mundo, el reconocimiento pleno de la homosexualidad o la despenalización del aborto. Aquellas batallas dejaron de formar parte de una estrategia global, cuyo objetivo era una sociedad sin exclusiones pero garantizada –al menos durante un largo periodo– por un Estado fuerte. Y es que el Estado ya no gustaba a casi nadie en versión alguna. Y su descrédito como referencia de los cambios sociales impulsó el favor del que gozaron, y gozan, las llamadas significativamente Organizaciones No Gubernamentales, que comenzaron a funcionar también como otras fuentes de información y de creación de criterios al margen de la tradicional lucha intelectual: a su modo, se han convertido en una forma de *intelectual colectivo* que suscita la adhesión por encima de cualquier reflexión.

En España lo principal de este proceso se enmarcó en las enmarañadas etapas finales del gobierno socialista de Felipe González, salpicadas de escándalos financieros y del turbio proceso del GAL. Al margen de hipocresías y exageraciones, que las hubo, la sensación de desahucio de toda una época fue tan agobiante como descorazonadora. Todo parecía tocado por la corrupción, el tacto de codos, el ocultamiento mutuo de responsabilidades: los enemigos que bautizaron aquel momento con el remoquete de *felipismo* fueron seguramente injustos con el político aludido, pero captaron bien un clima de incipiente culto cesarista, de clientelismo y de camarillas que empezaba a convertirse en caricatura de lo que había obtenido las memorables victorias electorales de 1982 y 1986. Las novelas del detective Pepe Carvalho, de Manuel Vázquez Montalbán, narraron con brío aquel hundimiento de las expectativas abiertas y el paralelo naufragio de algunas biografías: la novela *Asesinato en el Comité Central* (1981) y el relato breve «El hermano pequeño» (1994), una al comienzo y otra al final del proceso, fueron dos de los más certeros.

Y la vida intelectual no se salvó de aquella crítica generalizada. Aquellos «ciento cincuenta novelistas de Carmen Romero» de los que habló Francisco Umbral, convertido en escudero de las fobias de un Camilo José Cela muy crecido, al igual que la acuñación del término «pesebre» para referirse a la relación de los intelectuales con el poder, fueron los síntomas del acoso y derribo de lo que empezaba a quedar de treinta años de los anhelos, primero, y de construcción, después, de un *Estado cultural*. Pero es que la noción misma de *Estado cultural* estaba siendo repudiada en nombre del liberalismo: los años sesenta habían marcado su nacimiento entre nosotros y los noventa veían su desprestigio final (al que, sin embargo, parecían inmunes las boyantes relaciones de sectores de la vida cultural y las gobernaciones autonómicas regionales, donde el modelo gozaba y goza de notable lozanía).

Pero la vida de la cultura tiene horror al vacío y muy pronto surgieron los reemplazos. No es casual que, como se ha indicado más arriba, un activo grupo de periodistas profesionales con vocación de divos fuera la punta de lanza de la ofensiva. Algunos se decían admiradores del *Washington Post*, independientes y plurales como los míticos redactores que habían derribado a Nixon, otros se definieron como francotiradores con resabios jacobinos y los hubo que se presentaron como vindicadores de una opinión de derechas que emergía tras años de confusión y ocultamiento, pero todos se vincularon a las aspiraciones de un grupo político emergente y ambicioso, el Partido Popular de José María Aznar, decidido a adelantar la hora de su salto al poder. Había llegado el momento de legitimar la figura del *intelectual de derecha* y en este propósito convergieron varios intereses: en primer lugar, la consolidación de un amplio grupo de escritores y profesionales que quería hacer públicas sus convicciones políticas sin ser tildado de nostálgico del franquismo; en segundo lugar, el renovado Partido Popular requería su articulación como una maquinaria política moderna, dotada de su propia fuente de ideas. Y, en medida no menos importante, tal era, de añadidura, la tendencia de pensamiento neoconservador que se afianzaba en todo el mundo. Buena parte de la sociedad también tenía muy claro el cambio de paradigmas: el dinero y el éxito dejaron de verse como veleidades culpables y el efímero (pero sintomático) fenómeno de la popularidad de Mario Conde fue una suerte de *test* colectivo. Y del mismo modo, tras años de tregua y perplejidad, la derecha política formuló con un nuevo *constantinismo* en el que se acusaba la presencia cada vez mayor de una Iglesia Católica que tampoco era ya la de los tiempos confusos de Pablo VI sino la misional, autoritaria y populista de Juan Pablo II.

Muchos de estos pasos –los propios o los ajenos– se han sustanciado en recapitulaciones personales de la memoria de los escritores, en un regreso al intimismo como principio estético y como estrategia de afirmación personal. Nunca el dietario, las memorias u otras formas de las *escrituras del yo* habían estado tan presentes en el mundo literario. El ejercicio del narcisismo vino a confirmar que no había otra legitimidad que la que proporciona lo vivencial,

ni cabía otro aleccionamiento que el que se apoyaba en la autojustificación (17). En tiempos de retracción de la esfera social, que es el ambiente natural de la literatura comprometida, se hipertrofia la privada, propicia a lo íntimo. Quizá esta retracción tenga que ver con el predominio de la reflexión ética que, desde mediados de los ochenta, viene siendo el campo dominante en la especulación filosófica, como saben muy bien dos ensayistas filosóficos que gozan de infrecuente popularidad como Fernando Savater y José Antonio Marina. Aunque también han obtenido una notable repercusión las obras y la personalidad de Victoria Camps quien, desde el mismo campo profesional de la ética, ha abordado temas como las virtudes cívicas, la bioética o el papel de Dios en nuestras vidas, con la misma solvencia con la que ha tratado del feminismo. Y esto último en matizada discordancia con otras filósofas que también lo han convertido en un tema capital, con perspectivas más radicales como Amparo Amorós, Adela Cortina y Amelia Valcárcel, sobre todo. El radicalismo se ha hecho una opción muy individualista que ilustran muchos Peter Pan (el tornadizo Gabriel Albiac puede ser un ejemplo de ilimitada autocomplacencia), pero también ha sido el lugar natural de reflexiones tan sólidas como las de Francisco Fernández Buey. En este mismo plano de pensamiento moral, la filosofía como forma de análisis superior de lo estético ha sido una fecunda herencia nietzscheana que ha estado presente en otros muchos libros y autores.

En las más significativas pugnas intelectuales de los últimos años, los modos de la argumentación moral han tenido un llamativo protagonismo. Y así se advierte en las tres grandes batallas sobre las palabras y sus *significados* que se han librado –y se siguen dando– en los últimos quince años, muestra de que, a pesar de todo, los *intelectuales* siguen teniendo un papel en la vida española: me refiero a la cuestión del nacionalismo (y los nacionalismos), a la presencia del terrorismo y a la percepción de la guerra civil de 1936-1939. Otros temas importantes han estado menos presentes: el más significativo, el del alcance del laicismo y la crítica de la religión, quizá ha sido muy afectado por el pacto de silencios mutuos que la Iglesia Católica ya parece haber roto en su beneficio, de forma unilateral. Pero, en verdad, tampoco los dos primeros temas enunciados han resultado fáciles para el pensamiento de izquierda: la vulgata simplificatoria de 1975 situaba en el ámbito de lo positivo a los nacionalismos periféricos y en el de lo residual y negativo, cualquiera de las manifestaciones clásicas del nacionalismo español. Y aunque el repudio del terrorismo como modo de lucha estaba muy extendido, un cierto romanticismo malsano amparaba a sus practicantes mientras que la sospecha y la reticencia ocultaban demasiado a menudo a sus víctimas.

Hablaba de la preferente entonación ética de estas intervenciones y, en efecto, fue un movimiento en tal sentido lo que, al comienzo de los años

(17) MAINER (2005): 95-126.

ochenta, impuso una nueva lectura de las cosas. Porque, ¿qué ha sido sino un asunto de clarificación histórica de la propia conciencia lo mucho que se ha escrito acerca del tema de las patrias y de las naciones? Varios luminosos libros de Jon Juaristi, al inicio de los noventa, han vinculado significativamente su diagnóstico a las técnicas del psicoanálisis y a la sutileza del comentario literario de textos porque, al fin y a la postre, todo nacionalismo es un refugio de la melancolía de las pérdidas y la invención de un lenguaje. Fernando Savater, por su lado, había integrado su visión del fenómeno al general esfuerzo de racionalización al que ha sometido los demás órdenes de la experiencia: la búsqueda de la felicidad, la finalidad de la educación y la liberación de los prejuicios, al modo hedonista de la mejor filosofía de la Ilustración. Y ese gran pensador en forma de pecios dispersos, a medias entre el nihilismo y la razón divagatoria, que sigue siendo Rafael Sánchez Ferlosio, ha formulado a su vez las más duras requisitorias contra los ritos sobrevivientes del patriotismo.

Por supuesto, también han corrido ríos de tinta en el sentido opuesto: afluentes que convergen en el nacionalismo como identidad, emanados de todos los pleitos peninsulares pendientes y que, con escasas excepciones, son muy primarios. Pero unas cosas y otras han impulsado también el análisis del propio nacionalismo español del que sabíamos muy poco: historiadores como Juan Pablo Fusi y politólogos (como José Álvarez Junco, Roberto Blanco, Andrés de Blas, Antonio Elorza, Antonio Morales Moya) han realizado provechosas incursiones en ese ámbito.

Sobre el terrorismo, que es a la vez seña de identidad y rito tribal de iniciación de los conflictos nacionalistas, se ha escrito mucho, casi siempre de modo narrativo o en tono polémico, pero menos de lo que el tema merece como objeto de reflexión. Y ha estado presente en la creación literaria aunque tampoco con la intensidad y continuidad deseables. La dramática crisis de valores que ha producido (con sus abismos de miseria y los destellos de dignidad) no ha estado tan en el centro de nuestra vida intelectual como ha sucedido en el Reino Unido, en Italia o en Sudáfrica. Y muy a menudo, también la práctica del terrorismo es una cuestión de palabras: de las formas de llamarlo y así ocultarlo, o justificarlo implícitamente. El periodista Arcadi Espada ha basado sus inquietantes análisis en esta compleja articulación lingüística del horror. Y por su lado, Antonio Elorza, excelente analista de las religiones políticas y del problema vasco, ha abordado con pasión e inteligencia la cuestión del yihadismo, muy a menudo rodeado de prejuicios contrarios o de emolientes benévolo.

El lugar de la guerra civil en las más recientes polémicas intelectuales no debe verse tampoco al margen de un larguísimo proceso que resulta central en la reconstrucción de la izquierda en la vida democrática española (18). Como

(18) AGUILAR FERNÁNDEZ (1996); JULIÁ (ed.) (2006).

he explicado en alguna otra ocasión, el fecundo decenio de los sesenta fue, una vez más, el laboratorio de todo: del desahucio de la Cruzada, de la recuperación del término mismo de «guerra civil» frente a cualquier otro y, al fin, de la identificación de una sociedad forjada por los vencedores con la España de los vencidos. La bibliografía de los años setenta, con aportaciones significativas de hispanistas, consagró el esquema interpretativo que parecía ya inalterable. Pero este esquema ha sido víctima de un reajuste en los años noventa que no pudo ser ajeno a la reconstrucción de la derecha política en los términos que se han consignado más arriba. En el diseño de la nueva interpretación desembarcaron los conservadores que deseaban de un rebajamiento de la emoción, desplazándola al periodo de la Transición superadora (la guerra había sido, a fin de cuentas, una suerte de *felix culpa* que permitió la reconciliación y el olvido), pero también lo hicieron los autoritarios que sustentaban un cambio de paradigma que reconociera la ilegitimidad de la República, la equiparación de dos violencias simétricas y, en consecuencia, el carácter peculiar y lenitivo de un franquismo que quizá fue tosco pero nunca innecesario.

Los mosqueteros de la nueva polémica son variados y, con muy pocas excepciones, ajenos a la historiografía profesional, pero sus libros y sus artículos de opinión han calado hondo en los sectores más tradicionales de la sociedad española. Y, de nuevo, la jerarquía del clero católico, al desarrollar una paralela campaña de beatificaciones de sus mártires, ha reactivado agravios y rencores que los pontificados anteriores al de Juan Pablo II habían querido tener lejos. La respuesta al reto ha concernido a un amplio sector de opinión situado entre el centro y la izquierda del espectro político y ha significado también la exploración de zonas menos conocidas de la historia de la guerra: de ese modo se ha indagado en figuras como Juan Negrín, ingredientes como la intervención extranjera, consecuencias como la guerra de guerrillas, la represión y la depuración subsiguientes, o constantes como el papel de la mujer. Y paralelamente, la guerra, que nunca había dejado de ser un tema preferente en la creación literaria, se ha reactivado como tal, incluso en promoción de escritores que se corresponden muy a menudo con la de los nietos de los combatientes. Lo que, alguna que otra vez, ha redundado en una visión simplista y hasta rosácea de un acontecimiento tan esencialmente *implicante*.

Hacia 1960, al inicio de nuestro recorrido, saber qué había sucedido entre 1936 y 1939 solía significar la mayoría de edad política y moral del intelectual de izquierda. Y esa dramática memoria sigue siendo un *test* revelador de las actitudes intelectuales setenta años después, como los recuerdos asociados a la Segunda Guerra Mundial lo son en muchos países europeos. Quizá el intelectual del futuro ya no sea tanto el movilizador de conciencias ajenas (lo que practicó entre 1890 y 1940 el intelectual *histórico*); puede que, desdibujado ese perfil público, el intelectual de finales del siglo XX y del XXI sea aquel que, a título de ciudadano privado, busca clarificar los contenidos de su conciencia personal y ofrece a otros sus provisionales resultados.

8. BIBLIOGRAFÍA

- ABAD, Á., ALONSO DE LOS RÍOS, C. y otros (1967): *Reflexiones ante el neocapitalismo* Barcelona, Cultura Popular.
- AGUILAR FERNÁNDEZ, PALOMA (1996): *Memoria y olvido de la guerra civil española*, Madrid, Alianza.
- ALTED, ALICIA y AUBERT, PAUL eds. (1995): «*Triunfo*» en su época, Madrid, Casa de Velázquez-Las Pléyades.
- BARBÁCHANO, CARLOS (1989): *Francisco Regueiro*, Madrid, Filmoteca Española.
- BENITO FERNÁNDEZ, JOSÉ (1999): *El contorno del abismo. Vida y leyenda de Leopoldo María Panero*, Barcelona, Tusquets.
- Bozal, V. y PARAMIO, L. eds. (1975): *La enseñanza en España*. Madrid, Comunicación.
- COLMEIRO, JOSÉ E. (2005): *Memoria histórica e identidad cultural. De la posguerra a la posmodernidad*, Barcelona, Anthropos.
- DE BAECQUE, ANTOINE (2003): *La cinéphilie. Invention d'un regard, histoire d'une culture (1955-1968)*, París, Fayard.
- F. HEREDERO, CARLOS ed. (2000): *Bernardo Bertolucci. El cine como razón de vivir*, Festival de Cine de San Sebastián.
- FRANCIS, MARK ed. (2002): *Les années pop (1956-1968)*, París, Centre Pompidou.
- GERVERAU, LAURENT y MELLOR, DAVID (1986): *Les Sixties. Années utopies*, París, BDIC.
- GRACIA, JORDI (2001): *Hijos de la razón*, Barcelona, EDHASA.
- JULIÁ, SANTOS ed. (2006): *Memoria de la guerra y el franquismo*, Madrid, Fund. Pablo Iglesias-Taurus, Madrid,
- MADOFF, P. (1997): *Pop Art. A Critical History*, Berkeley, University of California Press.
- MAINER, JOSÉ-CARLOS (2005): «El peso de la memoria o de la imposibilidad del heroísmo en el fin de siglo», *Tramas, libros, nombres. Para entender la literatura española (1944-2000)*, Barcelona, Anagrama.
- MAINER, JOSÉ-CARLOS y JULIÁ, SANTOS (2000): «Los nombres de la cultura», *El aprendizaje de la libertad. La cultura de la Transición (1973-1986)*, Madrid, Alianza.
- MARTÍN GAITE, CARMEN (1995): *Esperando al porvenir. Homenaje a Ignacio Aldecoa*, Madrid, Siruela.
- MARTÍN PATINO, BASILIO (1968): *Nueve cartas a Berta*, Madrid, Ciencia Nueva.
- MÍGUEZ, A., DE MIGUEL, A., VÁZQUEZ MONTALBÁN, M. y otros (1969): *España, ¿una sociedad de consumo?* Madrid, Guadiana.
- MONTERDE, JOSÉ ENRIQUE y RIAMBAU, ESTEVE (1981): *Bernardo Bertolucci*, Madrid, Ediciones JC.
- PÉREZ, PABLO y HERNÁNDEZ, JESÚS (1997): *Maenza filmando en el campo de batalla*, Zaragoza, Diputación General de Aragón.
- PLATA, GABRIEL (1999): *La razón romántica. La cultura política del progresismo español a través de «Triunfo» (1962-1975)*, Madrid, Biblioteca Nueva.

- RIAMBAU, ESTEVE y CASIMIRO, TOMÁS (1999): *La Escuela de Barcelona. El cine de la gauche divine*, Barcelona, Anagrama.
- RODRÍGUEZ, JUAN CARLOS (1999): *Dichos y escritos (sobre la «otra sentimentalidad» y otros textos fechados de poética)*, Madrid, Hiperión.
- SEMPERE, PEDRO y CORAZÓN, ALBERTO (1976): *La década prodigiosa*, Madrid, Felmar.
- SONTAG, SUSAN (1967): «Notas sobre *camp*» (1964), *Contra la interpretación*, Barcelona, Seix-Barral, 323-343.
- TYRAS, GEORGE (1999): *Le désir de la mémoire (entretien avec Manuel Vázquez Montalbán)*, Venissieux, Parole d'Aube.
- VAN NOORTWIJK, ANNELIESE (2004): «Triunfo»: *de revista ilustrada a revista de las luces*, Universidad de Groningen.
- VÁZQUEZ MONTALBÁN, MANUEL (1995): *Escritos subnormales*, Barcelona, Grijalbo Mondadori.
- WINOCK, MICHEL (1987): *Chronique des années soixante*, París, Seuil.